

MARÍA, CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA

Pocos templos debe haber en el mundo que no tengan en algún lugar una bendita imagen de Nuestra Señora de los Dolores. Es asombrosa esta devoción, tan popular en el pueblo cristiano, que se explicaría por la solidaridad del género humano en el dolor, por el cual el que sufre encuentra su consuelo en quien también ha sufrido tanto que su Corazón Inmaculado fue traspasado por dolores como espadas, según la profecía de Simeón.

Pero hoy María Santísima, Virgen y Madre, Señora Nuestra, está en la eternidad, viviendo el “GOZO” inefable de la Vida plena, de Dios mismo, en la celebración ininterrumpida de los bienaventurados que cantan: “Santo, Santo, Santo es el Señor...” (*Ap* 4,8b).

En efecto, siendo que la “Inmaculada Madre de Dios, la siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma al cielo” como define el Papa Pío XII en la Constitución Apostólica “Munificentissimus Deus” (01.XI.1950), no pueden tener lugar en Ella la tristeza, el llanto o el dolor. En la “gloria celestial” todo es gozo, paz, felicidad total e incomparable. Desde allí María Santísima es CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA.

Y todos los redimidos por la Sangre del Cordero estamos destinados a participar de esa misma Vida, si bien no de igual manera que Ella, ya que sólo la “llena de Gracia” es la única creatura que tiene la dignidad de Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu; pero si no podemos vivir en la Luz en que Ella mora, al menos lo haremos en su resplandor, ya que hay una morada para cada uno de los fieles al Amor...

Es verdad que somos peregrinos en un “valle de lágrimas”, pero estamos ciertos de que nuestro destino es “la felicidad que no tiene fin”; y ante esto cabe preguntarnos: ¿no deberíamos cultivar mucho más la alegría, esa alegría profunda que es fruto del Espíritu?

Buscando vivir serenamente en el “gozo de María”, gustaríamos realidades que nos estimularían a tender incansablemente a la posesión de la única felicidad posible.

Sin embargo, para el redimido que peregrina en este mundo queriendo “llegar al altar de Dios, al Dios de mi alegría” (*Sal* 43,4) es ciertamente difícil mantener viva la alegría del espíritu ante tantas circunstancias adversas, pero nunca imposible con la ayuda de la Gracia. En efecto, ante la muerte, la catástrofe, la enfermedad, la injusticia, el ánimo decae y se sumerge en la tristeza. El dejarse dominar por ella constituye un gran peligro espiritual, porque puede llevarnos a la desesperación, y con ella a la separación de Dios por el pecado.

Jesús se vio cargado con todos los pecados de la humanidad, por eso se vio abrumado por la tristeza; pero como era el “Cordero que quita el pecado del mundo” no podía ser dominado por ella. Y aunque antes de llegar a la cruz dice el Evangelio que sufrió tristeza y angustia (cfr. *Mt* 26,37 y ss.), en esa misma cruz fue vencida la tristeza por Aquel que siendo inocente cargó sobre sí el pecado...

Pero la muerte de Cristo acabó en la Resurrección, hecho que no siempre actualizamos en nuestra vida cristiana y que debiera ser nuestro más grande motivo de alegría.

En efecto, san Pablo nos invita a alegrarnos con la Resurrección de Jesús, prenda de la nuestra:

⁸ Vicario General del Obispo de Chascomús.

“Y si el Espíritu de Aquél que resucitó a Jesús habita en ustedes, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a sus cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en ustedes” (Rm 8,11). Y en otra parte nos insta a vivir como resucitados ya desde ahora: “Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Tengan el pensamiento puesto en las cosas celestiales y no en las de la tierra. Porque ustedes están muertos, y su vida está desde ahora oculta con Cristo en Dios”(Col 3,1-3).

¿Tenemos derecho entonces a vivir sin alegría?, ¿puede tener acceso la tristeza en nuestra vida?

Por medio del Espíritu que habita en nosotros y con los ojos de la fe, miremos a María, CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA viviendo en el GOZO el misterio de su Hijo.

Su Santidad el Papa Juan Pablo II nos invita a imitarla para que podamos tener parte también en su gozo: “¡Mirad a María! ¡Amad a María! ¡Imitad a María! Imitad su total apertura a Dios, de quien ella se profesa ‘esclava’ disponible y obediente; su silenciosa, generosa y activa apertura a los hermanos y hermanas, necesitados de ayuda, de asistencia, de consuelo; su continuo, perseverante seguimiento de su Hijo Jesús desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario. ¡La Virgen OS SONRÍA y os protege siempre!” (21.10.79).

En efecto, la vida de María ha transcurrido en el GOZO aún en medio de los sufrimientos. El Evangelio nos dice que en el anuncio del nacimiento de Jesús, la primera palabra que dirigió el Ángel a la Virgen fue: “¡Alégrate!” (Lc 1,29). Cuando María se encuentra con su parienta Isabel, “apenas ésta oyó el saludo de María, el niño se estremeció de alegría en su seno...” (Lc 1,41). Isabel llama FELIZ por haber creído que se cumplirá lo que le fue anunciado de parte del Señor, y la Virgen responde con el *Magnificat*: “Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se ALEGRA en Dios mi Salvador...” (Lc 1,46-47).

Desde la Anunciación del Ángel, la ALEGRÍA se encarnó y luego “habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Y nos viene siempre por la Virgen, que se convierte así en CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA, o dicho de otra manera en MADRE DE NUESTRA ALEGRÍA.

María, la Madre de Jesús –verdadero Dios y verdadero Hombre– es la portadora de la VERDADERA y ÚNICA ALEGRÍA para todos los hombres.

La alegría es siempre un DON DE DIOS y como tal se manifiesta de un modo más excelente en Jesús, que exultaba de gozo porque el Padre se revelaba por Él a los pequeños (Lc 10,21 y ss.); y da su vida por estos pequeños, a fin de comunicarles el gozo, cuya fuente es su Amor (Jn 15,9-15).

La alegría, fruto del Espíritu es la nota característica del Reino de Dios. María Santísima ha vivido la alegría en su máxima expresión, porque ha vivido la Palabra y porque es la Madre del Verbo. En su vida se conjugaban todas las verdades, las virtudes, los dones y frutos del Espíritu...

Su vida peregrina ha sido una exhortación viva a la alegría. Nadie mejor que Ella debe haber hecho carne la exhortación de san Pablo: “Alégrense siempre en el Señor” (Flp 4,4). “Estén siempre alegres...” (1 Ts 5,16). “Alégrense en la esperanza” (Rm 12,12).

La Virgen no ha dejado de sonreír en el cielo. La tradición nos refiere SONRISAS de la Virgen. Así en Lourdes, Ella sonríe para tranquilizar a Bernadette en la primera aparición; Ella sonríe cuando Bernadette le pregunta: ¿Quién es usted?; Ella sonríe y ríe cuando Bernadette –que no sabe leer– le pregunta qué debe escribir; Ella sonrió cuando la niña la asperjaba con agua bendita intentando cerciorarse de que la aparición no era una ilusión del demonio.

¿Cómo no tener en cuenta esta bondadosísima sonrisa de la Madre de Dios cuando pide: “Haced

penitencia, haced penitencia, rogad por los pecadores...”?

“Ella sólo sonreía” escribe Bernadette en 1861.

Estando santa Teresita del Niño Jesús al borde de la muerte en “Les Buissonnets” por la misteriosa enfermedad que padecía, se le mostró la Santísima Virgen y sonriéndole la curó... Era “La Vierge du sourire”.

Dialogando santa Gemma Galgani con la Santísima Virgen, le pregunta la Señora: “Dime Gemma, ¿quieres a alguien más que a mí?” –¡Sí, hay uno a quien amo más que a ti!– “y dime, Gemma, ¿quién es?” –¡Es Jesús, tu Hijo!– y María sonrió y estrechó a Gemma entre sus brazos...

Se cuenta, no sé si en la verdad o en el anhelo de la verdad, que por los años mil cuatrocientos había un joven novicio franciscano que desde su ingreso a la Orden se había visto impedido de cumplir con una piadosa costumbre que había practicado en su casa, y que consistía en trenzar una corona de flores frescas, cortadas por él, y en ponérsela en la cabeza a una imagen de la Virgen María. Era tanto lo que sufría por no poder perseverar con este rito doméstico de su juvenil piedad mañana que se vio tentado de dejar la Orden y de regresar a su hogar. Entonces se le apareció la Virgen Santísima y le reprochó sonriente su pensamiento de dejar el convento y le invitó a ofrecerle otra corona aún más preciosa. Esta consistía en que cada día, en lugar de flores –que se marchitan– hiciese una corona de oraciones recitando diez Avemarías y un Padrenuestro en honor de cada una de las ALEGRÍAS que la Santísima experimentó en su vida terrena, es decir cuando recibió el anuncio del Ángel, cuando visitó a su parienta Isabel en Aim-Karim, cuando dio a luz a su Divino Hijo, cuando recibió a los Magos, cuando encontró a Jesús en el Templo, cuando lo vio resucitado, cuando Ella fue llevada en cuerpo y alma al cielo... Sin duda podríamos enunciar muchas otras, como en las bodas de Cana, en el sermón de la montaña, en Pentecostés...

“Si tú rezas estas oraciones –concluyó la Señora– ten por cierto que me ofrecerás una corona más grata a mí y para ti más meritoria”.

El relato agrega que una tarde lo sorprendió el maestro de novicios en su celda y vio que un ángel entrelazaba una corona de rosas insertando un lirio cada diez rosas, y que terminada la oración el ángel colocaba la corona sobre la cabeza del mismo novicio.

Este es el piadoso origen de la devoción a “las siete alegrías de Nuestra Señora”, que los Papas enriquecieron con indulgencias y estableciendo una fiesta propia, la de NUESTRA SEÑORA DE LAS SIETE ALEGRÍAS. Esta fiesta presenta a la alegría hecha devoción, lo que nos lleva a procurar tener verdadera devoción por las alegrías piadosas.

No sé si en todo tiempo se han tergiversado los valores, pero todos somos testigos de que hoy se invierten y se tergiversan incluso aquellos de orden sobrenatural. Así los bautizados buscan con exigencias los beneficios y gracias de Dios, pero descuidan su relación personal con Él. Al decir de santa Teresa de Ávila: “se aman los dones de Dios más que al Dios de los dones”; se aprecian los efectos y se ignoran las causas.

Si se habla de alegría, lo que importa es tenerla, no importa cómo ni a costa de qué. Se la busca en el placer fugaz, en la emoción violenta o en cualquier otra cosa que no puede darla, encontrando en ellas no más que pseudo-alegrías, huecas y superficiales, tan pasajeras como la nube...

Sería interesante entonces que nos preguntáramos en la presencia del Señor ¿qué es la verdadera alegría? ¿tenemos verdadera alegría? ¿quiénes o qué cosas constituyen nuestra alegría?

Conviene que distingamos las alegrías de LA ALEGRÍA; ésta constituye como un estado del alma y tiene su origen en Dios.

Asimismo LA ALEGRÍA no constituye una posesión individual sino social dentro del Cuerpo Místico. Hablamos de “nuestra alegría” como lo hacemos de “nuestra salvación”. Porque no hay más que UNA, aunque se manifieste a distintos individuos en diferentes expresiones. Fácilmente captamos que “las alegrías” o no son nuestras o no son ALEGRÍA. Sólo aquella realidad que se percibe afectando al ser humano –a todos los hombres– será legítimamente llamada “NUESTRA” y tendrá su origen en el Creador, que le es más íntimo al hombre que la máxima intimidad de la creatura.

En Dios está nuestra alegría, sólo en Él, Desde que Cristo fue concebido en el seno de María Santísima la ALEGRÍA se ha encarnado y vive entre nosotros. Pero esta alegría nos viene por María, verdadera CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA y PORTADORA DE LA VERDADERA Y ÚNICA ALEGRÍA PARA TODOS LOS HOMBRES, como ya dijimos.

Y cuando llega el desconsuelo y la tristeza del pecado, ausencia de Dios, es María quien se hace presente como aurora para dar lugar al Día y su Luz: Cristo, el Sol de Justicia.

“María es verdaderamente causa, aunque “uno solo es nuestro mediador...” (cfr. *1 Tm* 2,5-6); sin embargo, la misión maternal de María no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder... Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la Patria bienaventurada. Por ese motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia...” (L.G. 60-62).

Por todo lo cual es que María es CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA, causalidad que se prolonga a través del tiempo hasta consumarse en la Eternidad, donde “Dios es todo en todos” (*Ef* 4,6).

La presencia de María en la Iglesia es una presencia operante, donde Ella no aparece como la causa, pero donde el efecto es interiormente luminoso y fecundo.

El Concilio nos dice por qué Ella debe ser venerada en la Iglesia: “María, ensalzada por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser Madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada por la Iglesia de Cristo con un culto especial” (L.G. 66).

Supliquemos a Dios Padre, en el Nombre de Jesús, por intercesión de María Santísima, se nos conceda el espíritu de la santa Alegría, que nuestra vida sea un continuo “¡Aleluya!”, y recitemos en obsequio a nuestra Madre la antífona del tiempo pascual con que la Iglesia la honra, el “Regina Coeli”:

Reina de los cielos, alégrate, aleluya,
porque Cristo,
a quien llevaste en tu seno, aleluya,
ha resucitado, según su palabra, aleluya.
Ruega al Señor por nosotros, aleluya.



Provincia de Buenos Aires. Argentina